

KATHERINE  
MANSFIELD

EN UNA  
PENSION  
ALEMANA

Cuentos



Katherine Mansfield nació en Nueva Zelanda el 14 de octubre de 1888 y murió en Fontainebleau el 9 de enero de 1923. A los trece años la enviaron sus padres a Inglaterra. Tras una nueva estancia en su tierra natal, sus padres le permitieron que volviera a Inglaterra. Entonces se dedicó enteramente a la literatura, y, más intensamente aún, a buscar editores para sus manuscritos, editores que no encontraba. Por fin, el editor de *The New Age* le publicó una serie de novelas cortas. En 1916 se le abrieron definitivamente las puertas de la fama. Publicó entonces *Felicidad*, *El hombre*, y *Preludio*. Y fueron este *Preludio* y *La fiesta en el jardín* las obras que le permitieron conquistar el lugar de excepción que hoy ocupa en la literatura universal. *En una pensión alemana* —relato que da título a esta obra, en la que también se incluye *Algo infantil* y *otros cuentos*— fue el primer libro de Katherine Mansfield, sabroso anecdotario de la vida en una casa de huéspedes, con su policromo retablo de personajes y situaciones.

# En una pensión alemana

## Nota preliminar

*En una pensión alemana* fue el primer libro de Katherine Mansfield. Se publicó en 1911, cuando tenía veintiún años. Los apuntes y cuentos que lo componen aparecieron primeramente en *The New Age*, en el decurso de los dos años precedentes. El libro obtuvo éxito considerable desde que salió a luz y pronto alcanzó la tercera edición. Entonces el impresor, falto de crédito, quebró. Al desalojar el local, las planchas de estereotipia desaparecieron, y con ellas toda esperanza de cobrar derechos.

Katherine Mansfield no se sintió excesivamente contrariada. Pronto había empezado a ver el libro con despego y más tarde lo miró con hostilidad. Representaba para ella una fase juvenil de acritud y crudo cinismo de la que deseaba desposeerse para siempre. Al estallar la guerra con Alemania, uno o dos editores le hicieron ofertas tentadoras por los derechos de publicación; pero, aun cuando estaba ya muy necesitada de dinero, se negó en absoluto. Este hecho permitirá juzgar de lo extraño que el libro se había vuelto para ella. Y, sin duda, hubiera obtenido un gran éxito de público en aquellos momentos, cuando la animosidad hacia las cosas de Alemania era general. Momentos, en que, como durante otros muchos de su vida, quinientas libras esterlinas hubieran significado una riqueza incalculable para ella. Pero nada pudo decidirla a publicarlo otra vez. En parte, por estimar que de por sí el libro era indigno de ello. Pero, sobre todo, como bien lo recuerdo, por creer indigno de sí misma el sacar provecho del odio que a la sazón se abatía sobre Alemania.

A continuación sigue un período durante el cual Katherine escribe mucho y no publica nada, hasta que en 1917, con la aparición de *Preludio*, rompe el silencio. Cuando en

1920 aparece *Felicidad* y obtiene éxito tan rápido, nuevamente es instada a permitir la reaparición de *En una pensión alemana*.

Yo le transmití la propuesta y su réplica fue como sigue:

«No quiero de ningún modo que *La pensión alemana* se reimprima. Es algo demasiado prematuro, y hoy en día ni siquiera la reconozco. Quiero decir que no me hago responsable de ella. No puedo lanzar al público una cosa así. No tiene calidad suficiente. Pero si me envía la nota a que se refiere, correspondería ofreciéndole un nuevo libro para el primero de mayo. Mas ni por un momento quiero tomar en cuenta la oferta de reimprimir *Pensión*. Es algo enteramente juvenil y no lo que yo pretendía, sino una mentira. ¡No, jamás!».

Yo repliqué a esto que el autor, cuando ha dado deliberadamente a la publicidad un libro, no puede deshacerse de él de esa manera. Y que la causa de sentirse tan exigente con su primera obra, no era otra que el haber esperado demasiado para publicar la segunda. En realidad, no se trataba de un buen libro, sino de un libro verdaderamente notable para haber sido escrito a los diecinueve años. Y, sobre todo, que no podía aniquilarlo negándose a reimprimirlo. *En una pensión alemana* existía irrevocablemente.

Ella repuso:

«Es justo, Isabel, lo que dices acerca de *Pensión*. Pero he de hacer un prólogo diciendo que se trata de un trabajo muy prematuro, o simplemente a qué edad fue escrito. Porque, Betsy, ya sabes que no es nada para sentirse orgullosa. De no haberme aconsejado tú, lo hubiera tirado por la borda. Pero, desde luego, haré lo contrario, y

sin duda así se aireará mi nombre. Lástima que no sea mejor. La verdad es que me siento avergonzada de él. Tendré que esforzarme para escribir otro que sea decoroso; eso es todo...».

Pero Katherine Mansfield no escribió jamás aquel prólogo.

JOHN MIDDLETON MURRY

## Los alemanes a la mesa

La sopa de pan había sido servida.

—¡Ah! —dijo *Herr Rat*<sup>[1]</sup>, inclinándose sobre la mesa para mirar dentro de la sopera—. Esto es lo que yo necesito. Hace varios días que mi *magen* no está en regla. Sopa de pan en su punto justo de densidad.

Se volvió hacia mí y añadió:

—Soy un cocinero excelente.

—Qué interesante —exclamé, intentando infundir a mi voz el suficiente entusiasmo.

—Sí, es preciso cuando uno no está casado. Por mi parte he obtenido de las mujeres todo cuanto quise sin casarme —se sujetó en el cuello la servilleta y sopló la sopa, sin dejar de hablar—. Ahora a las nueve hago un almuerzo a la inglesa, pero no tan fuerte como ustedes. Cuatro rebanadas de pan, un par de huevos, don lonchas de jamón frito, un plato de sopa, dos tazas de té... Para ustedes, nada.

Lo afirmó con tal vehemencia que me faltó valor para refutarlo.

Todas las miradas convergieron en mí, y me pareció estar soportando el peso de todos los almuerzos disparatados de la nación. Yo que de mañana tomo una taza de café al tiempo de abrocharme la blusa.

—Nada —proclamó *Herr Hoffmann* de Berlín—. *Ach!* Cuando estuve en Inglaterra solía comer por la mañana.

Levantó la vista y el mostacho, y se puso a enjugar las escurriduras de sopa sobre la chaqueta y el chaleco.

—¿De veras comen ustedes tanto? —preguntó *Fräulein Stiegelauer*—. ¿Sopa, pan tostado, carne de cerdo, té y café, frutas en confitura, miel, huevos, pescado frío, riñones, hígado y pescado caliente? ¿Y las señoras comen tanto también?

—Exacto —exclamó *Herr Rat*—. He podido observarlo por mí mismo cuando viví en un hotel de Leicester Square. Era un buen hotel, pero no sabían hacer té. Ahora que...

—Ah, pues es algo que yo sé —dije riendo divertida—. Sé hacer té excelente. El secreto está en calentar la tetera.

—¡Calentar la tetera! —me interrumpió *Herr Rat*, echando a un lado el plato de la sopa—. ¿Para qué calentar la tetera? ¡Ja, ja! Es estupendo. Creo que no se comerá la tetera.

Clavó en mí sus fríos ojos azulados, con una expresión que hacía presumir un millar de planes de invasión.

—De modo que ¿ése es el secreto de su famoso té? ¿Nada más que calentar la tetera?

Quise decir que aquello era solamente como el comienzo del galope en el caballo. Pero no supe cómo traducirlo y callé. La sirvienta trajo la ternera con *sauerkraut*<sup>[2]</sup> y patatas.

—Me gusta mucho la *sauerkraut* —dijo el viajante para el norte de Alemania—, pero he comido ya tanta que no puedo retenerla y me veo enseguida obligado a...

—¡Qué día más hermoso! —exclamé, volviéndome hacia *Fräulein Stiegelauer*—. ¿Madrugó usted mucho?

—A las cinco paseé durante diez minutos sobre la hierba húmeda —explicó ésta—. Me acosté de nuevo, y a las cinco y media me quedé dormida. No desperté hasta las siete para lavarme de arriba abajo. Y otra vez a la cama. A las ocho me puse una compresa de agua fría, y a las ocho y media bebí una taza de té de menta. Tomé un poco de malta a las nueve y empecé mi «cura». Haga el favor de pasarme la *sauerkraut*. ¿No toma usted?

—No, gracias, la sigo encontrando un poco fuerte.

—¿Es verdad —inquirió la viuda mientras se escarbaba los dientes con una horquilla— que es usted vegetariana?

—Pues, sí, hace tres años que no como carne.

—Inconcebible. No tendrá hijos.

—No.



—Claro que no. ¿Ve a dónde van ustedes? Nunca he oído decir que se pueda tener hijos alimentándose con vegetales. Es imposible. Pero hoy en día no tienen ustedes en Inglaterra muchos hijos. Deben de estar muy atareados con los sufragistas. Pues yo he tenido nueve y todos viven, gracias a Dios. Criaturas sanas y hermosas. Aunque desde que tuve el primero he tenido que...

—Magnífico —exclamé.

—¿Magnífico? —dijo la viuda con aire despectivo, mientras volvía a colocar la horquilla en el montículo que se balanceaba en lo alto de su cabeza—. Eso no tiene importancia. Una amiga mía tuvo cuatro de una vez, y su marido se puso tan contento, que dio una cena y los colocó sobre la mesa. Ella, como es natural, estaba orgullosísima.

—Alemania —tronó el viajante— es el país de la familia —había ensartado una patata con el cuchillo y la iba mordiendo en derredor.

A esto siguió un respetuoso silencio. Se cambiaron los platos para la carne de vaca con pasas y espinacas. Limpiaron los tenedores en un trozo de pan negro y comenzaron de nuevo.

—¿Cuánto tiempo va a permanecer aquí? —me preguntó *Herr Rat*.

—No lo sé fijamente. Tengo que estar en Londres para septiembre.

—Visitaré *München*<sup>[3]</sup>, naturalmente.

—Temo que no me alcance el tiempo. Ya sabe que es muy importante no interrumpir el tratamiento.

—Pues tiene que ir usted a *München*. No habrá visto Alemania si no ha estado en *München*. Todas las Exposiciones y todo el Arte y el Alma vívida de Alemania se encuentran en *München*. Hay en agosto un festival de Wagner. Y, además, Mozart, una colección de pinturas japonesas... y la cerveza. No sabrá lo que es la buena cerveza si no va a *München*. Como que yo he visto damas distinguidas, pero

muy distinguidas, bebiéndose vasos así de grandes —sonreí al verle señalar un gran lavamanos colocado en alto.

—Cuando bebo mucha cerveza de *München*, sudo otro tanto —dijo Herr Hoffmann—. Estando aquí o en el campo o antes del baño, me agrada sudar. En la ciudad no ocurre lo mismo.

Inspirado por este pensamiento se enjugó cuello y rostro con la servilleta y también se limpió meticulosamente los oídos.

Una fuente de cristal con albaricoques en almíbar fue colocada en la mesa.

—¡Oh, la fruta! —exclamó Fräulein Stiegelauer—. ¡Es tan necesaria para la salud! El médico me dijo esta mañana que cuanta más fruta comiera, mejor.

El viajante dijo:

—Creo que están ustedes extraordinariamente asustados ante el temor de una invasión, ¿eh? Sí, es cierto. He estado leyendo en un periódico lo que ocurre en Inglaterra. ¿Lo ha leído usted?

—Sí —repliqué muy tiesa en mi asiento—. Y puedo afirmar que no estamos asustados.

—Pues debieran estarlo —dijo Herr Rat—. No tienen ejército de ningún género... unos cuantos chicuelos con las venas emponzoñadas por la nicotina.

—Pero no teman —manifestó Herr Hoffmann—, no necesitamos Inglaterra. De haberla necesitado la hubiéramos tenido hace tiempo. De veras. No nos hacen falta ustedes —y me amenazó en broma con la cuchara, mirándome desde el otro lado de la mesa, como si fuese un niño chiquito a quien pudiera retener o despedir a su capricho.

—Estoy segura —le dije— de que nosotros no necesitamos Alemania.

—Esta mañana tomé un baño de asiento —declaró espontáneamente Herr Rat—. Esta tarde tomaré un baño de piernas y brazos, luego haré gimnasia durante una hora y

mi tarea ha concluido. Un vaso de vino, un par de panecillos con sardinas y...

Trajeron una tarta de cerezas con nata batida.

—¿Cuál es el plato favorito de su esposo? —me preguntó la viuda.

—La verdad es que no lo sé —respondí.

—¿De veras no lo sabe? ¿Cuánto tiempo lleva casada?

—Tres años.

—¡Pero no hablará en serio! No hubiera podido llevar la casa ni una semana sin saberlo.

—Lo cierto es que nunca se lo pregunté. No es exigente respecto a la comida.

Pausa. Todos movieron la cabeza y me miraron con la boca llena de huesos de cereza.

—No tiene nada de particular que se esté repitiendo en Inglaterra ese horrible estado de cosas que se da en París —dijo la viuda doblando la servilleta—. ¿Cómo va a conservar una mujer el marido a su lado si después de tres años ignora cuál es su plato favorito?

—*Mahlzcit, mahlzcit!*<sup>[4]</sup>.

Cerré la puerta tras de mí.

## El barón

—¿Quién es? —pregunté—. ¿Por qué ha de sentarse siempre solo y además darnos la espalda?

—Ah —me susurró *Frau Oberregierungsrat*<sup>[5]</sup>—, es un barón.

Me contempló gravemente y sin demasiado desdén. Con expresión de ¿cómo-no-lo-habrá-reconocido-al-primergolpe-de-vista?

—Pero no es culpa suya, pobre hombre —le dije—. Este hecho infortunado no debiera excluirle por ningún concepto de los goces del comercio intelectual.

De no haber tenido en la mano el tenedor, creo que se hubiera santiguado.

—No me ha comprendido, sin duda. Es uno de los antiguos barones.

Excitada más que otro poco, se volvió para hablar con *Frau Doktor*, que estaba a su izquierda.

—Mi tortilla está hueca, ¡hueca! —protestó—, y ésta es la tercera que pruebo.

Miré al más antiguo de los barones. Estaba comiendo ensalada; había clavado en el tenedor una hoja entera de lechuga y la iba absorbiendo poco a poco con gesto conejil. Algo digno de verse.

Pequeñito y delgado, los ralos cabellos y la barba negra, el cutis amarillento, usaba invariablemente un traje de jerga negro, camisa de lino crudo, sandalias negras y las gafas con aro negro más enormes que vi jamás.

*Herr Oberlehrer*<sup>[6]</sup>, sentado frente a mí, sonrió benévola-mente.

—Debe de ser algo muy interesante para usted, *gnädige Frau*<sup>[7]</sup>... Desde luego ésta es una pensión muy distin-

guida. Aquí estuvo este verano una dama de la corte de España. Padecía del hígado. Muchas veces hablé con ella.

Le miré agradecida y humilde.

—Claro que en Inglaterra no se tropieza uno en las casas de huéspedes con las clases altas como en Alemania.

—Ciertamente que no —repliqué, aún hipnotizada por aquel barón que parecía un amarillento gusanillo de seda.

—Viene todos los años —prosiguió *Herr Oberlehrer*— a causa de sus nervios. Todavía no ha hablado una sola vez con ninguno de los huéspedes.

Por su rostro cruzó una sonrisa, y me pareció estar participando de sus ilusiones en un espléndido quebrantamiento de aquel silencio; un deslumbrante intercambio de cortesías en un futuro nebuloso; el sacrificio de un periódico a la excelsa persona; un *danke schön*<sup>[8]</sup> que sería transmitido a las futuras generaciones.

En aquel momento el cartero, con la apariencia de un oficial del ejército alemán, entró con el correo. Tiró mis cartas dentro del *pudding* de leche y volviéndose hacia la camarera le dijo algo en voz baja. Ésta salió precipitadamente. Apareció el gerente de la pensión con una bandejita. En ella fue depositada una tarjeta ilustrada, que dicho señor, inclinando reverentemente la cabeza, fue a llevársela al barón.

Por mi parte me sentí desilusionada al ver que no se le saludaba con veintiún cañonazos. Al final de la comida se servía el café. Observé que el barón tomaba tres terrones, ponía dos en la taza y envolvía el tercero en un pico del pañuelo. Era siempre el primero en llegar al comedor y el último en abandonarlo. En una silla vacía que tenía al lado, colocaba un negro maletín de cuero. Por las tardes, asomada a la ventana, lo veía pasar calle abajo. Caminaba con paso trémulo llevando el maletín. Y cada vez que pasaba junto a un farol, se estremecía un poco más, como si temiera que aquél fuera a embestirle, o acaso por considerar plebeyo su contacto.

Me preguntaba a dónde iría y por qué tenía que cargar con aquella maleta. Nunca lo había visto en el Casino ni en el establecimiento de baños. Parecía arrastrar sus pies ensandaliados olvidado de todos. Y me sorprendí a mí misma compadeciendo al barón.

Aquella noche estábamos reunidos en el salón unos cuantos pensionistas comentando la *KUM*<sup>[9]</sup> del día con fervorosa animación. *Frau Oberregierungsrat*, sentada a mi lado, tejía un chal para la más joven de sus nueve hijos, que se hallaba en ese frágil estado llamado interesante.

—Pero por fuerza será de su entera satisfacción —dijo—. Mi hijita se ha casado con un banquero, la ilusión de toda su vida.

Éramos unas ocho o diez. Las casadas nos hacíamos confidencias acerca del aspecto de nuestros maridos en ropa interior, en tanto que las solteras discutían sobre lo atractivos que resultaban, vestidos, sus posibles futuros.

—Los tejo yo misma —oí exclamar a Frau Lehrer— con esta gruesa lana gris. Usa uno cada mes con dos cuellos blandos.

—Y entonces él —susurró Fräulein Lisa— me dijo: «De veras me gustas. Es posible que escriba a tu madre».

Nada tiene de particular que estuviéramos atrozmente excitadas y hasta un poquito encontradas también.

De pronto la puerta se abrió para dar paso al barón. Siguió un silencio absoluto, un silencio de muerte. Penetró despacito, vacilando. Tomó un palillo de un platito que estaba encima del piano, y se fue otra vez. Cuando la puerta quedó de nuevo cerrada, lanzamos un grito de triunfo; era la primera vez que se le había visto entrar en el salón. ¿Quién podía decir lo que el futuro nos reservaba?

Los días crecieron hasta convertirse en semanas. Siempre estábamos juntas y siempre aquel solitario y diminuto personaje, con la cabeza inclinada como bajo el peso de las gafas enormes, me seguía obsesionando. Llegaba con la

maleta negra, se marchaba con la maleta negra, y eso era todo.

Por fin el gerente de la pensión me dijo que el barón nos dejaba al día siguiente.

«Ah —pensé—, sin duda no desaparecerá así en la obscuridad, no se esfumará sin decir siquiera una palabra. Con seguridad, por una sola vez antes de partir, va a presentar sus respetos a *Frau Oberregierungsrat* o a *Frau Feldleutnantin*switwe<sup>[10]</sup>».

Aquel día llovió mucho por la noche. Había ido a la oficina de correos y cuando estaba en las gradas de la puerta, dudando antes de lanzarme sin paraguas a la carretera fangosa, me pareció oír una vocecilla vacilante que sonaba tras de mi codo.

Miré hacia abajo. ¿Me habría vuelto loca? ¿Estaba en mis cabales? Era el antiguo barón con su maleta negra y su famoso paraguas, que estaba pidiéndome lo compartiera con él. Pero supe mostrarme lo suficientemente distinguida, con una pizca de timidez, y todo lo convenientemente respetuosa. Juntos caminamos entre el fango y los charcos. Sí, hay algo de peculiarmente íntimo en compartir un paraguas. Algo que viene a ponerle a uno en la misma situación de quien le sacude a un hombre la solapa de la chaqueta. Algo un poquito osado e ingenuo.

Me parecía por saber por qué se sentaba siempre solo y por qué llevaba aquella maleta siempre consigo, y qué hacía durante todo el día. Pero él, espontáneamente, me dio algunos datos.

—Temo que se me moje el equipaje —dijo—. Lo llevo siempre conmigo en la maleta, ¡precisa uno tan poca cosa!, porque los criados no son dignos de confianza.

—Una opinión muy sensata —repliqué. Y luego—: ¿Por qué nos niega usted el placer de su...?

—Me siento solo porque así puedo comer más —dijo el barón escudriñando la obscuridad—. Mi estómago precisa